

una de las cuales se mantienen cierto número de mujeres pobres. Pero entre todos estos asilos de piedad cristiana no hay ninguno parecido al de la Anunciada tanto en el edificio, como en rentas y buenas obras. Montan las rentas á ochenta y ocho mil ducados; pero las expensas ascienden casi á un duplo; de donde es fácil de inferir que la caridad suple lo que falta. En esto se distingue la nobleza, cuya liberalidad sería increíble si no lo confirmaran personas fidedignas. Gástanse hasta diez mil ducados en sostener el culto divino y mantener á los eclesiásticos que sirven á él, diez y seis mil en la manutencion y salarios de cuatro mil nodrizas para los niños expósitos, cerca de setenta mil en los gastos ordinarios, y cuarenta mil anuales en un censo. Dejo aparte lo demas, porque no me he propuesto hacer una relacion individuada; pero si he querido contar lo que queda dicho, para que se vea hasta dónde puede llegar la piedad de una ciudad sola cuando la caridad y el zelo por la honra de Dios corresponden á las facultades de los habitantes, y para que se sepa que los necesitados y atribulados de todas clases y condiciones están bajo la proteccion y providencia especial de la madre de bondad.

No puede darse una cosa mas magnífica, ni mas útil al pueblo que la congregacion de la misericordia erigida en la ciudad de Lisboa bajo los auspicios de la Virgen el año 1498 por la reina doña Leonor, princesa de incomparable virtud. Esta congregacion se extendió rápidamente á las principales ciudades y lugares del reino con notable aumento de la gloria de Dios y provecho corporal y espiritual de los fieles. Todos los años el dia de la Visitacion de nuestra señora se eligen doce cofrades, seis de la nobleza y seis del estado llano, aquellos que se juzgan mas á propósito para ejercer las obras de misericordia. De estos doce, que llaman asesores, se elige el mas distinguido en nobleza y virtud, para que haga de

cabeza de toda la congregacion, y despues se nombran dos, uno noble y otro del estado llano, para que visiten á los enfermos, socorran á los menesterosos, entierren á los muertos ó los acompañen con hachas y hagan otros officios semejantes. Hasta los reyes entran en esta cofradia y tienen á honra ser presidentes de ella; y es admirable cómo se muestran fervorosos y puntuales en todos los actos de caridad. Cuando hay carestía de víveres, se junta á los pobres y se los distribuye por las casas mas acomodadas ó por los conventos de mas rentas. A los pobres vergonzantes se hace de modo que no les falte nada de lo necesario. A los presos les suministran el alimento y el vestido; además les buscan buenos abogados para su defensa y sufragan á todas las expensas del proceso. Seria cuento de nunca acabar, si hubiera de referirse por menor á cuántos pobres visten todos los años, á cuántas huérfanas casan, á cuántos cautivos rescatan, á cuántos muertos entierran. En vista de esto ¿no es un continuado milagro que la congregacion sin mas rentas que las caritativas dádivas de las buenas almas no carezca nunca de recursos para socorrer todas las necesidades, en lo que se emplean anualmente mas de cincuenta ó sesenta mil ducados? ¿No son estas maravillas de la madre de misericordia y testimonios evidentes de lo gratas que le son tales obras de piedad?

CAPITULO VII.

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS, SEXTO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS (1).

§. I.—El primer carácter del hacimiento de gracias es recibir los beneficios de la madre de Dios con un corazón franco y reconocido y estimarlos todo cuanto podamos.

I. En vano me cansaría yo en indagar los motivos que tenemos de este hacimiento de gracias, que de mejor gana llamaría reconocimiento, si no hubiese usado hasta aquí esta palabra mas en general. Voy en derecho á la práctica, que ha de ser el blanco principal.

II. Para comprender mejor este carácter es de notar que la liberalidad y el agradecimiento no son un tráfico ó una negociacion mecánica, sino un comercio secreto que se hace entre dos personas, una de las cuales dispensa el beneficio y la otra le recibe. Pero así como la liberalidad procede del corazón mas bien que de la mano; del mismo modo el reconocimiento se efectúa mas con el corazón que con la lengua. Este es un misterio, decía un antiguo filósofo, que se ha de tratar en el santuario de nuestras almas. El cariño pone á puja los beneficios, tanto los que hace, como los que recibe: él los encarece y los desprecia como le parece. Sucede con los beneficios lo que con los sacrificios: lo que da el precio á estos, no es la víctima con cuernos dorados, coronada de flores y adornada de gualdrapas de oro, sino la volun-

(1) Véase la adición de la que va en la nota F al fin del madre María Jacoba de Blemur, tomo.

tad religiosa, la cual puede tanto, que halla materia de liberalidad aun en las chozas mas ruines.

III. Pero no se crea que el reconocimiento es de peor condicion que la liberalidad y que no puede encontrar con que pagar sus deudas donde esta halla que dar. Esquines lo mostró así cuando quejándose á su maestro Sócrates de que le habia sido madrastra la fortuna y ofreciéndose á servirle, que era el único medio que le quedaba para probar su reconocimiento, hizo mas que Alcibiades y otros señores de Atenas, que ofrecian grandes comodidades al célebre filósofo. No es cosa tan difícil como se cree el ser reconocido, porque para pagar el beneficio no hay mas que recibirle francamente y segun la intencion del que le hace; y pues este, si no es mercader mas que liberal, no ha de llevar otro fin sino que sea bien recibido lo que da, debe de quedar satisfecho cuando se recibe su don con buena voluntad. En esto se equivoca el mundo casi siempre, porque no tanto se trata de alargar la mano para pagar pronto, cuanto de disponer el corazón para recibir bien. Las virtudes, hijas del cielo, estan verdaderamente representadas con toda la perfeccion que una hermosura cumplida requiere; pero aun cuando no tuvieran pies, ni manos, no dejarían de ser virtudes, porque para eso les basta tener buena alma y buen corazón. De otra suerte si siempre que uno recibe un beneficio, tuviera que pagar, habría de resolverse á no recibir nada de Dios, ni de la Virgen, con quienes no podemos usar de reciprocidad. Mas lo que debe de infundirnos confianza, es que no esperan eso de nosotros.

IV. Hablemos aquí solamente de la madre de Dios: esta señora no nos pide otra cosa sino que recibamos sus beneficios y los conservemos en nuestro corazón como el lugar mas honorífico. Ese es un precioso relicario que no requiere otra tela, ni otra guarnicion que una buena

voluntad, en que todos aun los mas necesitados pueden ser ricos. Lo que pide es que los recibamos como finezas de nuestra bondadosa madre, que excede en benignidad á todas las madres del mundo. Cuando las llamo finezas, hablo sin excepcion y pretendo dar este nombre generalmente á todo lo que nos viene de su mano, por mas que nos desagrade: porque muchas veces lo que nos parece mas molesto, es lo mejor, y lo que recibimos á manera de medicina frunciendo el entrecejo, es lo que ella da con mas afecto. Quedando pues sentado mas arriba que el afecto es el que debe de empeñar mas nuestro reconocimiento, siguese que no hemos de hacer ninguna diferencia en lo que procede de un mismo corazon y de un afecto igual.

§. II.—El segundo carácter del hacimiento de gracias es publicar los beneficios recibidos en cuanto lo permite el bien parecer, y emplear á cuantos podamos para darle gracias con nosotros.

I. Digo en cuanto lo permite el bien parecer, porque hay ciertos beneficios de tal suerte conjuntos con nuestra propia estimacion, que seria muy dificil distinguirlos ó exponerlos en público, sin que corriese riesgo nuestra humildad. Son como las estátuas de Fidias, en las cuales colocaba tan ingeniosamente el artifice su retrato, que para quitarle habia que destruir la obra. En igual caso los santos han aconsejado siempre que se oculten las gracias del cielo con la ceniza de la humildad y se reciban secretamente: muchos lo practicaban así. Fuera de ese caso enseña Séneca que es propio de un hombre envidioso ó de ánimo bajo no querer recibir mas que de noche y so capa, y de un ingrato el dar las gracias al oido y sigilosamente. Con efecto así como el que hace bien á otro, ha de sepultarlo en el olvido en cuanto pueda, de la misma manera el favorecido debe hacer

todos los esfuerzos posibles para que sea conocido el beneficio. Con mas razon ha de entenderse esto de los bienes que nos vienen del cielo, cuyo autor conviene sea publicado para convidar á todo el mundo á que le ame. El santo ángel Rafael dió este consejo á la familia de Tobías manifestándoles la diferencia que hay entre el secreto del principe y las maravillas de Dios, y enseñándoles que así como aquel debe guardarse religiosamente, estas se han de publicar y pregonar por todas partes. Por eso el santo anciano y su familia despues de haber permanecido postrados tres horas bendiciendo al padre de todos los bienes salieron fuera para publicar en alta voz las magnificas obras de que habian sido testigos (1). Y David ¿no convida á todos los que tienen temor de Dios, á que acudan á oír los beneficios recibidos de su divina majestad (2)? En cuántos lugares nos exhorta á hacer resonar el cielo y la tierra publicando los dones de Dios!

II. Esta especie de reconocimiento agrada mucho mas á la madre de Dios, porque termina en el honor de aquel cuya gloria procura grandemente. Esto ha movido á muchas personas á colgar de los altares pinturas, votos y otras muestras de su reconocimiento por los beneficios recibidos, á fin de que lleguen á noticia de la posteridad. Por este medio se ha inflamado la devocion de los pueblos: por este medio su nombre ha llegado á los últimos términos de la tierra, y la han amado millares de personas, que de otra suerte no la hubieran conocido. Si no obstante se encontrasen muchas dificultades para publicar entre los hombres las gracias obtenidas por su mediacion; no creo que pueda haber ningun impedimento para contarlas á los ángeles del cielo y á

(1) Tob., II. (2) Salmo LXV.

los mejores amigos que allí tenemos, aunque no sea mas que para convidarlos á bendecir con nosotros á la que los ha impetrado, y acompañarnos á cantar sus alabanzas y grandezas. Todo espíritu bendiga al Señor, decia David; pero bendiga juntamente á la madre del mismo Señor, de quien nos vienen tantos bienes.

III. Entre todos los siervos reconocidos á la Virgen me parece que S. Anselmo tuvo un acierto particular en presentar sus sentimientos con mucha naturalidad. Oigamos los devotos arranques de su pecho agradecido. «Oh santa señora, dice (1), á quien deseo amar con todo mi corazón, honrar con toda mi alma y alabar con todas mis fuerzas, ¿no eres tú esa gran María, de quien tanto se habla, el dechado de las mujeres y el portento de las criaturas? Si lo eres, y siendo así, quiero que cuanto hay en mí, rinda homenaje á tu grandeza. Pero ¡ay! ¿quién soy yo y qué puedo para atreverme á presentarme á ti? ¿Cómo puedo amar y alabar dignamente á aquella cuyo favor imploro todos los días, y que de continuo me previene con sus beneficios? Oh madre de mi vida y nodriza de mi salvador, ¿qué quieres que yo te diga? Mi lengua enmudece, mi espíritu desfallece, mi entendimiento queda suspenso cuando se trata de hablar de ti, que eres la madre de aquel cuya santidad borra todas mis manchas, cuya integridad me libra de mi corrupción y cuya pureza me hace digno de una unión eterna con Dios. Aun cuando yo me derritiera todo en sentimientos de gratitud, ¿qué podría hacer por ti, cuya fecundidad me parió, cuyo parto me libró de la muerte eterna, y cuyo hijo me reconcilió con mi Dios? Tú eres el origen de mi vida, la puerta de mi salvación, el camino de mi reconciliación y la medianera de mi

(1) Orat. ad B. Virg.

reparación. Pero ¿con qué intento limito tus beneficios y los reduzco á mí mismo? ¿Por qué no digo mas bien que tú eres la cámara regia, donde se ajustó la paz de todo el mundo, el templo vivo de la divinidad, donde todos recibimos la vida, y el instrumento auténtico de la concordia que Dios ha hecho con los hombres? Si hemos tenido la dicha de ver á un Dios conversando familiarmente con nosotros, ha sido el fruto de tu singular virginidad, de tu admirable fecundidad y de tu inestimable santidad: el olor de tus virtudes celestiales le trajo á la tierra para liberrar á los cautivos, sanar á los enfermos y resucitar á los muertos. Y si mi consideración se fija principalmente en los hombres, no por eso son ellos solos los que te están obligados. El cielo con sus brillantes astros, la tierra y los otros planetas, los elementos, el día y la noche, en una palabra todas las criaturas se reconocen deudoras á tu majestad y confiesan que tú las repusiste en el grado de honor de que las habia desposeído la infame idolatria de los hombres cruelmente engañados. Cuando digo que todo el mundo confiesa ser deudor á tu majestad, no exceptúo ni á los que moran en los cielos, ni á los que estaban detenidos en el centro de la tierra; porque así como los espíritus bienaventurados recibieron un gozo extraordinario de ver ocupados otra vez los asientos de aquellas moradas por tu medio, del mismo modo los cautivos de la tierra celebraron festejos por haber recobrado gracias á ti su antigua libertad. Oh mujer singularmente admirable y admirablemente singular, por quien fueron reunidos los elementos, se salvaron los hombres, se regocijaron los ángeles, quedaron despoblados los infiernos, los demonios vencidos y todo el mundo restaurado. Oh Virgen santa, que posees el cúmulo de las gracias y bendiciones, ¿por qué te remontas tan alto, que mi espíritu no puede llegar hasta ti para alabarte y darte gracias

como es debido? ¿Por qué te engolfas profundamente en el abismo de las perfecciones divinas? ¿Por qué te ocultas á mi vista? ¿Por qué quitas que te siga con mis pensamientos y mis alabanzas? Ya que mis oraciones te encuentran tan propicia, no te hagas inaccesible de modo que yo no cumpla mis deberes; y ya que no puedo llegar con mi pensamiento á tus excelencias, permite que mi voluntad supla el defecto de mi entendimiento y mi lengua, y recibe todos los hacimientos de gracias que deseo tributarte no solo en mi nombre, sino generalmente en el de todos los que por siempre se conozcan obligados á ti.»

IV. No olvidemos un rasgo de reconocimiento, que el amor sugirió á algunos siervos escogidos de la Virgen. Considerando que algunas personas de buenos sentimientos han tomado el nombre de sus bienhechores para mostrar de esta suerte su gratitud, ellos escogieron por nombre propio ó añadieron al que habian recibido en el bautismo, el de María para dar á entender que dependian singularmente de ella despues de Dios y que cuantas gracias poseian, las habian recibido en feudo de la misma. No acontezca jamás el no hacer aprecio de las personas de tan buen corazon, pues han manifestado que los sentimientos de la gracia no ceden ventaja á los de la naturaleza y que son tanto mas esforzadas, cuanto mas las ensalza su condicion sobre las otras.

§. III. — El tercer carácter del hacimiento de gracias es darle toda la gloria de las empresas que haya llevado ella á feliz término.

I. La gloria es como el diezmo que el cielo cobra de las buenas obras practicadas con su ayuda: es una cosa sagrada, en que no se nos permite poner mano, como si fuese el árbol prohibido. Es un derecho señorial, contra el que no podemos atentar sopena de confiscacion de todos nuestros bienes. Así que maravilla el ver cuán

escrupulosos fueron los santos en esta parte, y cuánto temieron se sospechase siquiera que habian aspirado á la porcion reservada por Dios para si. Aquí no hablo mas que de los siervos de la Virgen, porque lo requiere mi asunto.

II. S. Francisco de Paula temia tanto se le achacasen los innumerables milagros que obraba, que al punto atribuía á la reina del cielo el honor de ellos: esto lo hacia comunmente; pero en especial una vez que habiendo sanado á un demente congregó á todos los religiosos para cantar la salve en accion de gracias á la madre de Dios.

III. Es memorable lo que se cuenta del abad Leoncio, que llevó el título de capellan y misionero de María santísima por espacio de cuarenta y mas años. Nunea daba limosna por su mano mas que á los ciegos ó á los que no podian tomarla: á los otros se la ponía en la tarima del altar ó en la basa de una columna para que pudiesen verla. Preguntado un dia acerca de la causa de esta conducta respondió que lo hacia para que entendiesen todos que no era él quien les daba limosna, sino la madre de Dios á quien servia.

IV. Los ejemplos tienen un cierto lustre particular en las personas visibles y de alta categoria: he aquí uno. En el año 971 acaeció que los rusos, búlgaros, escitas y turcos, reunidas sus fuerzas que componian mas de trescientos y treinta mil combatientes, se dispusieron á hacer una irrupcion en el imperio. El emperador Juan Zemises imploró con fervorosas súplicas el auxilio poderoso de la madre de Dios, y en seguida salió al encuentro del enemigo bajo los estandartes de María con tanto arrojo y denuedo, que los derrotó. Su piedad le sugirió un medio ingenioso y tan digno de su grandeza como de su amor para mostrar su reconocimiento á la Virgen. Mandó preparar un magnífico carro

triumfal para nuestra señora, que iba sentada sobre los despojos de los enemigos: él con los suyos la seguía vestido sencillamente y montado en un caballo blanco.

V. El emperador Juan Comneno que tenía á la vista este ejemplo, quiso sobrepujarle, porque mandó llevar la imágen de la Virgen en un carro de plata guarnecido de piedras preciosas en accion de gracias de la famosa victoria que ganó el año 1123. Los mas cercanos á él iban á pie y con la cabeza descubierta guiando los cuatro caballos blancos que tiraban del carro, y él tambien á pie y descubierta marchaba delante con el lábaro en las manos.

VI. A estos ejemplos añadiré el de tres reyes de Francia, valientes en el campo de batalla y siervos sumisos y agradecidos de la Virgen. El primero será Felipe Augusto, el cual habiendo ganado una victoria gloriosa en el año 1213 al emperador Oton y otros muchos valerosos y esclarecidos campeones bajo la proteccion de Maria santisima, fundó para perpetua memoria del hecho y muestra de su gratitud la abadía de nuestra señora de la Victoria junto á Senlis.

VII. El segundo será Felipe el hermoso, el cual viendo desbandado su ejército en una batalla contra los flamencos recurrió tan de veras á nuestra señora de Chartres, que en el acto se rehicieron sus tropas y el enemigo huyó dejando mas de treinta y seis mil muertos en el campo sin contar el gran número de prisioneros: él no perdió mas que mil y quinientos hombres. Esto ocurrió á los dos dias de la asuncion de la Virgen; lo cual confirmó mas al rey en la creencia certisima de que un resultado tan feliz y contrario á todas las probabilidades solamente podia provenir del cielo y de la madre de bondad. Por esta causa de regreso á Francia fué á visitar á nuestra señora de Chartres, y en agradecimiento

del beneficio recibido le dió perpetuamente el estado y señorío de Barres, fundó un aniversario en memoria de tan feliz jornada, y dejó á la iglesia todo el equipaje y arneses que llevaba el dia de la batalla. La costumbre es colgar del atril el dia del aniversario todos los utensilios que componian dicho equipaje y arnés.

VIII. El último será Felipe de Valois, quien sorprendido por los flamencos la vispera de S. Bartolomé del año 1328 recurrió á Maria santisima, protectora del reino de Francia, y la suplicó encarecidamente le socorriese en tan terrible trance. No bien habia acabado su oracion, cuando la madre de bondad comunicó tan extraordinarios brios al rey y á su ejército, que en pocas horas pusieron en rota cerca de veinte mil enemigos. El rey no olvidó tan señalado beneficio, y el mismo dia que entró en Paris, donde fué recibido en triunfo, se fué á visitar la iglesia de nuestra señora, y entrando á caballo hasta donde está la imágen de Jesucristo crucificado, ofreció su caballo y armas á la capitana de los ejércitos de Dios, á quien protestaba deber aquella victoria. La figura del principe á caballo se ve aun en un pilar de la iglesia, á la que señaló ademas cien libras de renta sobre su estado de Gatinois para celebrar perpetuamente un aniversario.

IX. ¡Ojalá que estos esclarecidos principes sean imitados en su cordial cariño por todos los que reciban algun beneficio de la madre de Dios, mientras haya quien implore su auxilio! De este modo se cumplirá la particion que hizo el ángel que anunció la buena nueva del nacimiento del Salvador, cuando dió la gloria á Dios y la paz á los hombres de buena voluntad. De este modo los siervos de la Virgen vencerán enteramente el deseo desmedido de gloria que vicia nuestras mejores obras. De este modo obligarán á la reina del cielo á que les sea siempre propicia y los favorezca en sus empresas.